

del extranjero: musicales, de concurso y humor, de conversación, y aquellos donde la TV chilena se torna autoreferente y farandulera. Finalmente, se instala el género de los *reality show* a partir de 2003 con éxitos disímiles.

También aparecen los programas culturales referidos a literatura, plástica, difusión científica y tecnológica, cine, arquitectura, desarrollo del mundo rural chileno, medio ambiente, filosofía y otras expresiones.

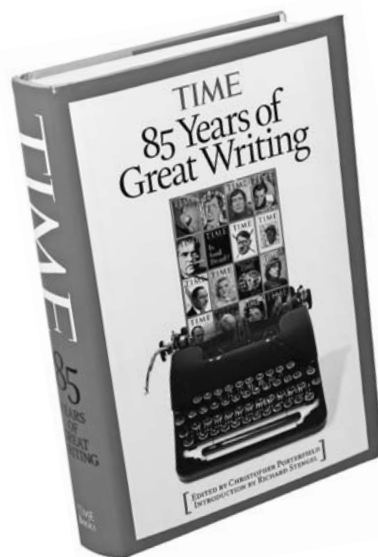
Por su parte, 43 estaciones regionales de televisión abierta han tenido programación basada en información, actualidad local y contenidos envasados. En cuanto a la TV por cable, aunque diversos empresarios de pequeño tamaño iniciaron operaciones en prácticamente todas las ciudades de Chile, hacia el 2004 el mercado se concentraba en dos operadoras con paquetes básicos de programación y ofertas *premium*. El año 2007 la TV de pago (cable más satelital) mostraba una penetración sobre el 35% de los hogares.

Entre las tendencias generales del período se observa una clara preferencia por el consumo de programas nacionales que llega al 66% de la audiencia, mientras ésta permanece estable para los noticiarios. En materia industrial es posible advertir una competencia cada vez más estrecha, que pone de relieve la importancia del gobierno corporativo, las políticas editoriales y la gestión en decisiones estratégicas.

Por último, el autor señala que aún está pendiente la definición del estándar técnico para la TV digital, lo que traerá modificaciones en el «modo de operación de los canales, el financiamiento de los nuevos canales y el ordenamiento jurídico» (p.281).

En suma, el conjunto del volumen es desequilibrado. Algunos de los capítulos dan cuenta con solvencia del período analizado y de sus avatares; otros, a ratos, se quedan en la anécdota más o menos pueril, o en enumeraciones que podrían haberse incluido en anexos. El libro además concluye con un conjunto de 50 breves testimonios de actores directos del quehacer televisivo chileno, y en un semejante conjunto los aportes son de variada calidad y significación.

Matías Tagle



### 85 Years of Great Writing in Time (1923 – 2008)

Christopher Porterfield [editor] (Time, 2008)

Hacer un compilado de los mejores escritos de la revista *Time* no debió haber sido fácil. Si ya es arduo y complejo recolectar el mejor material de cualquier cosa, más aún si se trata de los 85 años de una de las publicaciones más influyentes en la historia del periodismo.

El gran problema radica en que *Time* no sólo ha sido parte del acontecer mundial, sino que en varios casos lo ha reportado y escrito de forma magistral, y por ende, hay mucho material de donde elegir. Desde la segunda Guerra Mundial y el lanzamiento de la bomba atómica, pasando por el asesinato de John F. Kennedy hasta la mediática muerte de Lady Di, *Time* estuvo ahí publicando lo que había que saber.

Los creadores de la revista, Briton Hadden y Henry Robinson Luce, se plantearon desde un comienzo una sola filosofía periodística que definía el concepto

de *Time*. Para ellos, la idea no era promulgar «los prejuicios liberales o conservadores», sino que mantener a las personas bien informadas. «La revista está para transmitir noticias, no argumentos, y sólo se aproxima a la controversia cuando es necesario para hacer énfasis en la noticia», acotaron en su momento.

Por eso los textos de *Time*, más que noticia dura, son una selección del acontecer noticioso más importante, con el fin de situar, contextualizar e interpretar, de forma concisa y amena, lo relevante de la semana.

La revista no sólo parte de la premisa de que el rol del periodismo es «informar y educar» o tiene como ley el tener mínimo tres fuentes de información original (para un artículo «equilibrado»), sino que además cuenta con un estricto manual de estilo, *Writing for Time*. Este último incluso ha sido considerado clave para el éxito de la revista, tal como explica Norberto Angeletti en su libro *Revistas que hacen e hicieron historia*.

Esto añade otro problema que dificulta la selección. Hablar sobre los artículos de la revista *Time* es, a fin de cuentas, hablar de un modelo de escritura que hizo que la revista pasara de vender 9.000 ejemplares en sus inicios en 1923 a 3.4 millones (en un año malo) el 2007. Este modelo se aplica a la gran mayoría de los escritos, si es que no todos, pues está delineado por claros criterios de redacción, estilo y formato.

Todo texto que se escribe para *Time* cae en manos de un supervisor, quien verifica el seguimiento de las premisas del manual. En él se desglosa lo que requiere un artículo para ser bien escrito en el *estilo Time*: en la apertura, un gancho que «pegue fuerte», luego un mapa del artículo, con una explicación de por qué se escribe el artículo en ese momento, después el desarrollo de la historia o tema con mínimo tres fuentes y un remate que remita al comienzo con algo irónico, cómico, o que sea emotivo para el lector.

Algo obvio, pero que sumado al estilo cortante, las oraciones inversas y las descripciones que hacían de los personajes en la revista, resulta un claro modelo que es, en un todo, imitable: una técnica.

Aunque en la introducción de este libro recopilatorio, Richard Stengel, el actual editor de la revista, lo primero que hace es negar dicho modelo, reconoce que la gente asocia *Time* con una forma particular de escribir, pero que éste va más por la funcionalidad de las palabras: brevedad, detalles precisos y fluidez. Sin embargo, bajo un molde como ese la creatividad del reportero o columnista se ve potenciada por un

adiestramiento que lo ayuda a generar aquello que *Time* considera un «*great article*».

La duda es, entonces, cómo llegaron a seleccionar los artículos de esta selección, bajo qué filtro fueron considerados «grandiosos» si técnicamente todos tienen una estructura y estilo similar. Esta uniformidad y la gran cantidad de material disponible hacen difícil un compilado que deje a todos contentos, y eso es justamente lo que ocurre con este libro. No niego que las publicaciones seleccionadas sean excelentes, pero se echa de menos grandes artículos y autores ilustres.

Claramente, hay casos donde lo que imperó en la selección fue la huella en la memoria colectiva, como la llegada del hombre a la luna o la muerte del presidente Franklin Roosevelt. Estos son y fueron grandes artículos, casi atemporales. Por otro lado, era obvio que ciertas personas tenían que estar incluidos, como James Agee, ganador de un Pulitzer póstumo y quien trabajó en la revista como crítico de películas y libros.

Pero resulta extraño, por no decir decepcionante, que no haya ningún artículo de Margaret Carlson, la primera mujer en escribir una columna fija para *Time*. Si fue la primera fémina en la revista, algo especial tenía su pluma. También llama la atención que no haya nada de Joe Klein, autor de la célebre novela sobre el gobierno Norteamericano *Primary Colors* y columnista de *In the Arena*, una de los espacios de comentario político más influyentes de la nación. Tampoco hay textos de Ana Marie Cox, una *blogger* que escribe compilados de política con un aire joven y fresco, que apela a las nuevas generaciones.

Quizás ese es el gran problema de esta colección: intenta dejar contentos a tres grupos lectores de *Time* – aquellos que crecieron con la revista, los adultos de hoy y la nueva generación que se acercan a ella – pero sin satisfacer a ninguno completamente. Los más jóvenes esperan más de los nuevos referentes, mientras que las generaciones más antiguas buscan lo conocido. Hay una mezcla de los dos, pero el querer hacer un volumen que incluye lo mejor dentro de un rango tan grande de tiempo, termina suscitando más de alguna duda.

**Alejandro Bruna**